



RELACION

DE LA COMEDIA:

RENDIRSE A LA OBLIGACION.

YO, generoso Español,
 (aunque este trage grosero
 me encubre) soy Federico,
 hijo del Rey Clodovéo
 de Napoles, que con justa
 aclamacion goza el Reyno
 mas fertil de toda Italia,
 logrando prudente, y cuerdo,
 en la fé de sus vasallos
 aquel cariño, y respeto,
 que de amado, y de temido
 dán á un Principe Supremo
 nombre inmortal, que vincula
 eterno á su mano el Cetro.
 Vivía en Napoles yo,
 sin aver sentido el fuego
 de amor, ni sus tiranías,
 ocupado en el honesto
 exercicio de los libros,
 del bridón en el manejo,
 del negro azero en las lineas,
 de la caza en el experto
 aparato de la guerra;
 y finalmente en aquellos
 graves heroicos motivos,
 que toman los nobles pechos
 para exercitar iguales

el valor con el ingenio;
 quando acaso (que los males
 suelen venir sin pretexto)
 llegó á Napoles un dia
 cierto Pintor Estrangero,
 de grande opinion, y fama,
 y llevaba algunos lienzos
 al Rey mi Padre, que siempre
 tuvo á la pintura afecto.
 Entre ellos (ay de mí triste !)
 iba un retrato tan bello
 de una muger, que los ojos
 rezelaron, y temieron,
 que fuese idea y no copia;
 pues en humano sugeto,
 al parecer, no cabían
 juntos tan raros extremos
 de hermosura, y perfeccion;
 tanto, que yo amante y ciego,
 pues al verla le dí el alma,
 mudo entre el amor, y el miedo,
 creí, turbado, y confuso,
 averme rendido á un lienzo.
 De qué original (le dixen)
 procede el hermoso cielo
 de esta copia? A que responde:
 Este divino sugeto,

es

es Margarita, Duquesa
de Bretaña, cuyo Imperio
compite con su hermosura,
siendo de tan alto empleo,
pretendientes en su Corte
mil Principes forasteros,
que solicitando todos
tener tan hermoso dueño,
la festejan, y enamoran,
en licitos galantéos,
con mil diversos festines;
y de aqui á un mes han dispuesto
en defensa de su gala,
unos sobervios torneos
delante de su Palacio,
dando al vencedor en premio
una corona de perlas,
y diamantes, cuyo precio
vale una Ciudad. Yo entonces,
rendido á tan noble objeto,
sin darle cuenta á mi Padre,
una noche, en el silencio
de las sombras, me embarqué
solo con un Escudero,
en una nave Española,
que llevando á popa el viento
favorable, nos conduxo
en breves dias al puerto
de la Ciudad de Bretaña,
Patria, oriente, alvergue, y centro
de la hermosa Margarita;
donde disfrazado llego,
y me informo, que entre tantos
pretendientes forasteros
era el mas dichoso Enrique,
hermano del Rey Fisberto
de Francia, pues merecia
en público los honestos
favores de Margarita,
y que acabado el torneo

sería su digno esposo.
A cuya noticia, ciego,
como zeloso, propuse
solicitar mi remedio
con la lanza, y con el puño,
procurando en los torneos
quitarle la vida á Enrique:
salgo á campaña encubierto;
donde sus tiendas tenian
todos los Aventureros,
hasta el señalado dia,
aviendo visto primero
á la hermosa Margarita,
disfrazado en los festejos,
que en su Palacio la hacian,
donde hallé, que el pincel necio
hizo agravio á su belleza,
pues al mirar sus luzeros,
era su hermosura mas,
quando su destreza menos.
Llegó del torneo el dia,
y armado de limpio azer,
matizado el fuerte arnés
de azul, amarillo, y negro,
colores que publicaban
desesperacion, y zelos:
sobre un caballo de Frigia,
tostado alazan, que al eco
de la caja, y el clarin
iba danzando, y moviendo
la corpulenta estatura,
monte animado, tan diestro
en la carrera, y el torno,
que al medir fuerte, y ligero
los terminos de la valla,
excedió dos elementos,
al viento con la herradura,
y con el relincho al fuego.
Me presenté en el palenque
entre los Aventureros, que

R. 22235

de dos maderos un hasta,
de dos luzes una antorcha,
de dos ganchos una flecha,
y una rama de dos hojas,
con un Cielo por escudo,
y en su esfera luminosa
por cifra, mote, ó pintura,
sobre un Caliz una Hostia,
una oblièa sobre un vaso,
y un crystal sobre una copa:
valiente como Romana,
gallarda como Española,
osada como Francesa,
y armada como Amazona,
à las manos del peligro
tan ciegamente te arrojas,
que parece, que le buscas,
como si fuere lisonja?
Què confianza te alienta?
Què espíritu, dí, te informa?
Qué magestad te preside?
O qué Deidad te hace escolta?
para que sabiendo, si,
que soy de Constantinopla,
del Vicio del gran Señor
(que así Amurates se nombra)
el Visir, el Presidente,
el dueño de su Corona,
y Escandarbech, en efecto,
hijo solo de mis obras,
mucho mas que todo el mundo,
y algo menos que Mahoma,
te atreves à resistirme,
mas por thema que por honra?
Una Ciudad, que no iguala
la menor de las que aora,

despues que sali de el Asia,
y atravesè la Nicocia,
este crystalino alfange,
que en mi mano se tremóla,
y hasta en el Cielo se tiembla,
porque hasta en el Cielo corta,
ha talado, y destruido.
Diganlo de Babylonia
los muros, testigos sean
Palestina, y Macedonia,
Athenas, Chypre, y Sarmacia,
Niive, Egypto, y Sodoma,
el Tartaro, y Agareno,
el Cismatico en Moscovia,
el que peca en Mauritania,
el que martyriza en Roma,
y el que idolatra en Armenia,
todo de avalorio hecho,
y todo de tinta, menos
los dos hilos de la boca:
pues bien sabe todo el mundo
que en menos de media hora
puse á mis pies tantos Negros,
que pensò la tierra toda,
con ser las once del dia,
y ser por Julio la historia,
que era de noche, pues yà
cubierta estaba de sombras.
A esse obelisco de flores,
à esse peñasco de rosas,
y à esse gigante de yedra,
en cuya selva espaciosa
diversas tiendas te sirven
de portatiles alcobas,

que eran de una parte y de otra
los Corresanos sobervios,
que con el dichoso Enrique,
su Caudillo, al mismo tiempo
iban entrando en la tela
bizarramente compuestos
de motes, plumas, y galas.
Paróse el Sol á los ecos
del clarin, y los Juezes,
dexando igual el terreno,
nos pusieron frente á frente.
Aqui la pluma de Homero
quisiera para pintarte
el valor, el ardimiento
de los briosos cavallos,
y valientes Cavalleros,
que hechos yunques en las sillas,
á tan feroces encuentros
de las ya deshechas lanzas,
cubrieron de horror el Cielo,
de negro vapor el Sol,
los Astros de polvo denso,
la tierra de espuma, y sangre,
y el ayre de horror, y miedo.
Desta suerte mantenian
Naturales, y Estrangeros
en igual grado el valor:
quando yo atrevido, y ciego
buscaba á Enrique, y el hado
(que para ser mas adverso
suele ser mas favorable)
me le puso junto al mesmo
mirador de la Duquesa,
sobre un Andaluz overo
de una nube Cordovesa,
relampago, rayo, y trueno.
La lanza enristre le busco,
y él, al mirar mi denuedo,
se cubre del fuerte escudo;
partimos los dos á un tiempo;

mas como yo le llevaba,
por zeloso, amante, y ciego,
tan conocida ventaja,
no fue mucho del encuentro
venir á la blanca arena,
confesando desde luego,
que alli no le derribó
mi valor, sino mis zelos.
Cayó, en fin, y tan mortal
quedó en la tierra, que el Pueblo
creyó ser muerto, y á voces
pide venganza á los Cielos:
Llega la guarda á prenderme,
ayudada del esfuerzo
de los fuertes Cortesanos:
los nobles Aventureros
en mi defensa se ponen;
buelvese á encender el fuego
de la batalla mas vivo,
y yo, en tan crecido riesgo,
solo por ver la Duquesa,
desmayada sobre el pecho
de una criada, sentia.
Ibase el dia cayendo
sobre los montes vecinos,
y la noche con su velo
las sombras formaba, quando
arrimando con aliento
al cavallo las espuelas,
mas bolando, que corriendo,
salgo al campo, llego al sitio
donde esperaba Laurencio
mi Escudero, y sin parar,
por la senda de un otero,
á aqueste monte llegamos,
y á este Palacio, que el tiempo
desmanteló con sus iras,
que fue (segun me dixeron
en la Corte) muchos años
alvergue, Quinta, y recreo
de

de los Duques de Bretaña,
hasta que el Duque Leonelo,
abuelo de la Duquesa,
falleció en el trance fiero
de una sangrienta batalla,
quedando desde aquel tiempo
yermo, inhabitable, y solo,
por ser caso verdadero,
que las Guardas de este bosque,
los Pastores, y los mismos
que habitaban el Palacio,
diversas veces oyeron
quexarse al difunto Duque,
arrastrando por el suelo
gruesas, horribles cadenas:
Ya sea verdad, ya cuento
fabuloso, esto bastó
para dexar desde luego
todo el sitio yermo, y solo,
sin que pie humano aya buuelto
á poner aquí sus huellas.
Yo, desesperado, viendo
que dexar la tierra fuera
cobardía, me resuelvo
á habitar este Palacio:
y para estar encubierto
Laurencio traxo estas pieles,
y cadenas, con que intento
ser conocido de nadie,
fingiendo el horror, que el miedo
acreditó en este sitio,
y desde un lugar pequeño,
que dista de aquí una legua,
con el natural sustento
viene á verme cada día,
de quien supe que mi encuentro
no quitó la vida á Enrique,
y que apaciguó el sangriento
combate el volver en sí,
llevandole el Conde Alberto,
Valido de la Duquesa,

á Palacio, donde luego
con medicinas suaves,
y lo que será mas cierto,
con sus favores, quedaba
libre del pasado riesgo,
y que esta noche (ay de mí!)
con aclamacion del Pueblo,
y Nobleza, celebraban
(solo de pensarlo tiemblo)
sus bodas: quedé mortal,
y furioso, amante ciego,
desesperado, y zeloso,
esta misma noche intento
hallarme en un gran sarao;
que, segun dixo Laurencio,
se hace en Palacio á sus bodas,
donde la Nobleza y Pueblo
pueden hallarse en la fiesta
(costumbre antigua del Reyno)
con mascarar disfrazados,
para morir, ya que muero,
con el alivio, la pena,
con la gloria, el sentimiento,
el pesar, y la alegría,
con la rabia, y el consuelo
de ver la hermosa Duquesa
Margarita, pues no siendo
de nadie aquí conocido,
entre el tumulto, bien puedo
aventurarme á este lance,
porque de una vez el pecho
acabe con tantas penas,
tantas dudas, y tormentos,
congexas, ansias, pesares,
y desdichas; pues muriendo
tan obediente á sus ojos,
cumpliré con el afecto
de perder á Margarita,
y en mi corazon á un tiempo
cesará el tropel confuso
de ira, amor, embidia, y zelos.